



Año XLII



Orizuela 15 de Junio de 1924.



Núm. 981

Fundador: D. ADOLFO CLAYARANA.

## ¡JUAN, JUAN!

Junto a las paredes de la ciudad soberbia, en una casita humilde y y ruinesa, reflejo de una pobreza suma, vivía, sin envidiar ni envidiado el tío Juan, obrero honrado y trabajador, modelo de padres y esposos.

Dios no le había dado oro; pero le había en cambio concedido una tía Juana por esposa, mejor que todo el oro y unos chicuelos por hijos que daban envidia al mismo sol; no le había regalado con suntuosos palacios, ni con recursos para ir a la gran urbe en busca de diversiones, mas le había dado a gozar un hogar donde reinaba la paz, el cariño y la alegría,

Libre de odios, de esperanzas y recelos mundanos, seguía la senda de aquella vida descansada, cuando un día vino la muerte y dijo al tío Juan:

—¡Vámonos!

Y el tío Juan, obediente, se fué al otro mundo.

Llegó a las puertas del cielo y San Pedro tomó los papeles del recién llegado, se caló las gafas y empezó a leer la sentencia que comenzaba así:

—Considerando que dijo el Divino Maestro: «Bienaventurados los pobres...»

¿Pobre? dijo San Pedro mirando con simpatía al tío Juan: ¡Los pobres son los hijos del Señor!

¡Adentro!

Era un día de gran fiesta en el cielo y dijo al Señor a los bienaventurados:

—Pedid la gracia que queráis.

—Señor, dijo uno, da paz y concordia a mi familia.

—Señor, dijo otro, haced que se amen mis hermanos.

—Señor, dijo el que seguía en turno, convierte a mis hijos.

—Señor, que mi esposa sea una santa.

Todas estas cosas oyendo se decía el tío Juan a sí mismo:

—¿Paz en mi casa? ¡Si aquello es como balsa de aceite! ¿Buenos mis hijos? ¡Si parecen copia de los serafines que sirven al Señor! ¿Santa mi Juana?

¡Esas puertas del cielo serán estrechas para ella, tan paciente, tan humilde, tan caritativa, tan...!

¿Y tu, Juan, qué pides?

—Señor... lo único que no has dado a los míos, ya sabes que son buenos y tienen paz y cariño y alegría y salud...

—¡Al grano! dijo fuerte S. Pedro impaciente.

—Señor dales... riquezas... y serán limosneros y buscarán tu gloria y y tu justicia y el engrandecimiento de tu iglesia y...

—Sea, dijo el Señor mirando dulcemente a S. Pedro que estaba ya a punto de romper.

Pasado que hubo algún tiempo dijo el Señor al tío Juan:

Ve al mundo para darme luego cuenta de los tuyos.

Y el tío Juan, alegre como pascas, vino a la tierra, llegó al lugar de su antigua casita y encontró un palacio soberbio.

Fué lo primero ver a su Juana; pero la tía Juana, ya no era tía Juana ni Juana a secas, sino Doña Juana, espuma de la nueva aristocracia, rica en lujo, adornada con brazaletes y collares, señora de muchas visitas y recepciones y tes de honor....

—¡Mi Juana es una reinal se decía a sí mismo, emocionado, el tío Juan, que invisiblemente vagaba de un lado en otro, escudriñándolo todo con placer y gusto.

Pero ¡qué desilusión!

Pronto advirtió Juan que aunque la mona se vista de seda, mona se queda.

¿Y sus hijos?

¡Otro desencanto!

Periquín, aquel Periquín tan resalado y sanote, que en otro tiempo se llevaba tras sí los ojos de todos, había perdido los honores de su sexo: parecía una dama, puesto de pulsera, apestando con o'ores y untos y doblándose como goma.

Su Rosita, aquella su monísima Rosita, la niña rubia, alegre como rayo de sol, en cuya comparación no había finos jazmines, parecía ahora ¡vágame Dios! un figurín de revista de moda.

¡Qué trajes! Pero... ¡qué escote! ¡qué mangas!

Y con estas gentes ¿estará Dios? se preguntó el tío Juan.

No, no estaba, porque envanecidas con las riquezas, dieron en sus corazones cabida a la soberbia y con este pecado capital a todos los demás.

Cuando iba revolviendo el tío Juan en su magín estas cosas, arrepintiéndose por centésima vez de haber perdido al Señor las malhadadas riquezas, acertó a entrar el cura de la Párrroquia, el bonísimo D. Agapito, el que tantas veces les había en otro tiempo sacado de apretadas estrecheces, y D. Agapito mal recibido y peor despedido, salió humillado y triste sin limosna para su Iglesia; y y vió luego llegar pobres e irse los pobres vacías las manos, y vió también la justicia desterrada, dominante el pecado y con mayor pujanza cada día el vicio... y como final de todo, allá en lontananza, el término de un camino ancho que arrancando de las puertas de la suntuosa morada concluía en la reprobación eterna...

El tío Juan sintió una sensación de frío y tomando las devilladiego huyó más que de prisa al cielo.

Al verle entrar San Pedro a punto estuvo de golpearle con las llaves, por haber guardado tan poca memoria del Evangelio, pero recordó que el asunto estaba en manos del Rey de los Cielos y no quiso inmiscuirse.

Presentóse el peregrino de la tierra en la divina Presencia lleno de rubor.

—¿Qué me cuentas de los tuyos? le preguntó.

—Señor que han olvidado tu santo nombre; que son soberbios, no cumplen tus mandamientos y han puesto el paraíso en el mundo.

—¿No leiste, Juan, en el Evangelio, que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reino de los cielos?

—Señor, Señor, sálvalos, dijo el tío Juan suplicante, arrojándose a los pies del Divino Maestro.

—Sea, dijo el Señor.

La Divina Voluntad tuvo inmediata ejecución; los días de amargura y miseria vinieron pronto sobre la familia del tío Juan.

La fortuna les volvió las espaldas y llegó la ruina y con la ruina el olvido de las gentes y el desprecio. Doña Juana fué de nuevo la tía Juana y aquellos resalados pimpollos tuvieron que ganar el sustento con el sudor de su frente, volvieron a morar en casa humilde y a vestir vestidos aldeanos.

Y dijo el Señor al tío Juan:

—Ve al mundo y dime como andan los tuyos.

Descendió y encontró el mismo cuadro de miserias y pobreza suma, que él había dejado al partirse de su vida mortal.

Los vió hijos de la dura ley del trabajo inclinarse a la tierra y regarla con su sudor.

Pero encontró lo que vale más que las riquezas: paz y alegría en su hogar y una familia cristiana, nido de amor en que durante los ratos de ocio se rezaba y se cantaba y se reía teniendo siempre el corazón levantado a Dios.

Vió llegar a D. Agapito, el celoso párroco y vió como era honrado el ministro del Señor; vió acercarse po-

bres a la puerta y vió llevar sus manos y partir con ellos el escaso pan; vió dar honor a todas las virtudes, amor a la justicia, culto a la caridad limpieza de corazón... Miró al cielo, y el camino estrecho, lleno de abrojos y espigas, que partía desde la puerta de la misma casita hacia arriba, hacia la altura, tenía su término en las abiertas puertas de la gloria.

El tío Juan no pudo reprimir su alegría, dobló su rodilla, levantó y juntó sus manos y exclamó:

—Señor, bendito seas en tus juicios.

Y tomando alas voló a la gloria.

—Juan, Juan, le dijo el Señor al verle entrar. ¿No habías oído: *Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos?*

L. Almarcha

## UN TIPO

Este que escribe alquilado por menos de dos pesetas es un pobre desdichado que se llama Tijeretas.

Le pusieron a estudiar para hacerlo bachiller y los libros por fumar los solía malvender.

Después que fué jugador, poste de plaza y sabiista, cobrando audacia y valor lanzóse a ser periodista.

Quiso el hombre demostrar toda su gracia y talento y empezó a despótricar con su libre pensamiento,

Con la sabida canción contra los frailes y curas cobró su reputación entre las gentes oscuras.

Cierto diario radical, que explota la mala fe, le brindó un puesto a jornal y le manda con el pié.

Por pescar las dos pesetas aunque parezca mentira se alquiló el buen Tijeretas que a regir el pueblo aspira.

Mas teniendo sólo trazas, y visos de *reporter* resulta... el *don calabazas* que decíamos ayer.

J. Montañés.

## La confesionalidad de las Obras sociales

Imposible parece que a estas alturas haya necesidad de insistir, dirigiéndonos a católicos, sobre la confesionalidad de las Obras, y singularmente de las corporaciones obreras. Nos contristó profundamente la campaña de laicismo y neutralidad religiosa de la sindicación obrera emprendida hace algún tiempo, y más aún, que al frente de ella figuraran algún sacerdote secular y algún religioso. El estrago que comenzaba a producir tal propaganda en las organizaciones católicas, despertó la alarma, y acudieron a Nos para que intervinieramos. Lo hicimos por medio de nuestra Circular de 29 de Enero del año anterior, consolándonos las adhesiones que de los principales grupos obreros recibimos, algunos de los cuales han vuelto a restablecer el dictado de «católicos» en sus organizaciones.

Nos parecería suficiente lo que entonces dijimos, si la campaña *laicizante* hubiera cesado por completo, pero convencido de que no es así, Nos vemos obligados a insistir, como Nos veremos precisados a tomar medidas severas y dar los nombres de los recalcitrantes, en el caso de que sigan en su obstinación.

Dos puntos singularmente se destacan en las enseñanzas del gran Papa de las cuestiones sociales, respecto a las corporaciones obreras: el carácter «pacífico» y el carácter «religioso», que quiere tengan. El inculca que el primer objeto que debe procurarse en estas corporaciones sea el perfeccionamiento religioso y moral de sus miembros. «Es sobre todo este fin, dice, el que debe regular toda la economía de estas sociedades.

El P. Pavissieh pone en boca de los amigos de la neutralidad el siguiente razonamiento: «Entre las leyes católicas y las cámaras socialistas hay alguna cosa mejor, y es esa tercera clase de asociaciones que vuestra retórica trata en vano de

ocultarnos. Me refiero a esas sociedades laicas o neutras, igualmente ajenas al clericalismo y al socialismo, destinadas únicamente a la dispersión y defensa de los intereses económicos de profesión, sin ninguna tendencia religiosa ni política. Esa es la institución que nos conviene para reunir todos los elementos del orden social y formar el verdadero antisocialismo». Esta vieja cantilena, es la que repiten nuestros flamantes neutralistas, que se ilusionan con la gran masa, que ha de acudir a tal reclamo. Pero a ello contesta el mismo citado autor: «El que así razona está doblemente ciego, como gran parte de nuestra aristocracia y de nuestro burguesía liberal o liberalizante; porque no ve el mundo que tiene ante los ojos ni los principios que le informan y agitan. ¿No estáis viendo que el pueblo, y especialmente la juventud, que es más capaz de sentir el movimiento de los hechos sociales, no bien se siente empujada por la ola del tiempo a tomar parte en las luchas modernas, o se deja llevar por la corriente socialista, o va contra ella solamente por sentimiento de religión, alistándose en las uniones sociales católicas? Todo el que es puramente neutro, laico, moderado, es, a los ojos del pueblo, híbrido, burgués, señoril, sospechoso o indiferente y no le inspira simpatías». Y continúa rebatiendo el absurdo doctrinal, la burda e ineficaz añagaza de la neutralidad o aconfesionalidad, que ha calificado muy bien el P. Vermeersch de «un esfuerzo contra la naturaleza una afectación de indiferencia, exclusivismo dañoso a la religión, y desde el punto de vista social, peligroso y estéril».

No aduciremos más textos ni más razones sobre tan manoseado tema, pues ya los adujimos en nuestro citado documento. Terminaremos, no obstante, con el testimonio de uno de los primeros, en el tiempo y en la competencia, de nuestros escritores y propagandistas sociales católicos. Esto de la neutralidad, dice, ha dejado de ser un problema en Italia, después que el Papa Pío X escribió a la Unión económico-social la carta

de fines de 1909, y lo ha dejado de ser definitivamente en España después de las *Normas de la Acción Social*, dadas por Su Eminencia el Arzobispo de Toledo el 1.º de Enero de 1910. Y termina con esta afirmación: «Hoy los católicos no pueden defender sin rebeldía la neutralidad de las obras sociales por ellos fundadas».

## ANGELUS

*Cuando tras la cumbre  
de la empinada sierra  
el sol rojizo envía  
a la cansada tierra  
su postrimer fulgor,  
y cuando ya la Noche  
hacia la tierra avanza,  
y la callada luna  
sobre las cumbres lanza  
su tenue resplandor,*

*Desde la erguida torre  
del viejo campanario  
envían las campanas  
al mundo solitario  
los ecos de su voz,  
que tétricos resuenan  
del monte en la vertiente:  
descubre el campesino  
su encanecida frente,  
murmura una oración.*

*Los muertos en sus tumbas  
de gozo se estremecen  
cuando sus ondas graves  
las tristes ramas mecen  
del lúgubre ciprés:  
la voz de la campana  
traspone el alta sierra,  
y a cuantos en sus pliegues  
el ancho valle encierra  
«Orad, dice, con fe».*

*Sus últimos acentos  
en la escondida playa  
del mar van a extinguirse,  
donde su voz acalla  
el lánguido vaivén.  
Cuando el silencio reina,  
rasgando el aire puro  
subir se ve radiante  
el firmamento oscuro  
un Angel del Eden.*

*¡Qué dulce es, Virgen Santa,  
cuando termina el día  
al son de la campana,  
fervientes de alegría,  
poderte saludar!...*

*¡Qué dulces son los ecos  
que al alma atribulada  
le endulzan sus pesares,  
cuando ante Ti postrada  
te implora con piedad!...*

J. GARCIA GOLDARATZ

## Manos blancas no ofenden

La niña iba por la calle sin meterse con nadie, llevando de la mano a su hermana menor, una chicuela encanijada, que iba soplando con toda su escasa fuerza en una corneta de hoja de lata, comprada en la feria.

Miraba la mayor a la pequeña con esa íntima satisfacción del que ha conseguido un gusto a su hermano. Bien se adivinaba en su cara que había sido ella misma quien había comprado a la chiquitina la corneta... Se sabía, además, que tenía sus ahorros. Solamente de su padre recibía cada domingo una perra grande, y una tía muy limpia que tenía le daba cinco céntimos siempre que la sobrina iba a verla. Añádase a esto que nunca fué de esas casquivanas de mucho lazo en la coleta y, si a mano viene las alpargatas rotas.

Con que así iban entreteniéndose el camino las dos chiquillas; la pequeña sopla que sopla, y la mayor animándola a ella con sus mimos.

—A ver como toca la niña... ¡Ay qué bien!

En esto se cruzó con ellas un chiquillón, vestido con una blusa oscura muy larga, como aprendiz de ebanista o cosa así, el cual podría tener un año más que la niña grande. No pasarían de doce los de ella.

El chiquillón, que también debía traer ganas de música, pues venía ensayando una marcha con los dedos en las vidrieras de las tiendas, debió sentir un raro impulso de tocar la corneta, y como lo pensó lo hizo; arrebatándola bruscamente de las débiles manos de la criatura encanijada.

Indudablemente no tenía el aprendiz el propósito de quedarse con el juguete, puesto que no huyó con él, sino que se quedó dos o tres pasos más allá, haciéndole sonar y gozándose en el desconuelo de la pobre chiquilla. Pero esto fué que la mayor, repuesta bien pronto de la sorpresa que le causó el despojo, soltó a su hermana, y avanzando hacia el de la blusa larga, le dijo amenazante y fuerte.

—Ya estás soltando esa corneta.

—Tampoco.

¿Tampoco? Pues yo te la haré soltar.

Y no solo se la quitó, torciéndole las manos hasta que la dejaron caer, sino que le arrimó dos sopapos muy

bien puestos, y hasta tres zarandeos, que el ondular de la blusa hacía más cómicos y risibles.

Para entonces nos habíamos ido reuniendo en el teatro de la guerra varias gentes, que como puede suponerse, tomamos el partido de la muchacha.

El chiquilón miró a todas partes, estimó en su justo valor lo ridículo del lance, y cuando la niña, ya recobrada la corneta, volvía a buscar a su hermana, la atajó a medio camino y, acercándosele mucho y avanzando hacia el lado izquierdo, mientras retiraba el brazo opuesto, quedó en actitud de pegarla.

—Pega, hombre, pega.—exclamó ella.

Acercósele más, separó aún más el brazo derecho, como para preparar la gran bofetada, y sin llegar a darla, dijo, con asombro de todos y con vilipendio suyo:

—¡Si no fuera porque no está bien pegar a una mujer...!

—Pega, hombre, pega,—volvió a decir la niña.

Pero él, creyendo haber encontrado una fórmula eficaz para disimular su miedo, se alejó zarandeando la blusa, y sin conseguir su objeto, pues todos nos echamos a reír, y unas chicuelas le gritaban;

—¡Cobardel Blusón!... ¡Si pareces el perrero de la Catedral!

A todo esto, un perro que pasaba, excitado de la algazara, comienza a ladrarle; él aturdido furioso, intenta darle un puntapié, se pisa la blusa y cae de rodillas. Con lo cual creció la compasión en algunos de los espectadores, los cuales nos alejamos de allí para ahorrar a la víctima nuevas vergüenzas.

Yo tenía frecuentes ocasiones de recordar el lance contado, pues los que en él habían intervenido eran y siguen siendo todavía, vecinos de mi barrio.

A las niñas, sobre todo, las veía muy a menudo; como que tienen que pasar bajo mis ventanas para ir a su casa.

Fueron creciendo. Y hará mal nadie en asombrarse de esto. La grande está ahora que lleva los ojos de la cara. Ya gasta moño, hecho todo con su primoroso pelo negro. La otra sigue encanijada; yo creo que si no se muere, ya no es más que por no pri-

varse de los mimos de su hermana. Trae esta a la pequeña tan cuidada y limpia que a días parece una niña sana.

El aprendiz cambió al poco tiempo la blusa aquella por otra más corta y algo mejor hecha. Yo creo que estaba deseando soltar la primera, para que los vecinos no le recordáramos por ella. Acaso imaginaba que entre sus pliegues había quedado preso algo de la gran ignominia de aquella jornada.

Hoy ya no gasta blusa corta ni larga; ni es aprendiz, sino oficial, y de los buenos.

En todo ese tiempo no había yo conseguido ver pasar uno junto a otro a ambos contendientes ni observar, por lo tanto, la cara que ponían.

—¿Se guardarán rencor todavía? —me preguntaba yo.—Ella bien pudo desahogarle del todo, que solo de cansada dejó el lance. Mas a él es razón que todavía le dure. Verdad es que manos blancas no ofenden, y que la niña las tiene y las lleva como los propios ampos de la nieve; pero también es cierto que los sopapos fueron de primera, y como la corrida aquella yo no he visto otra. ¡Cada vez que me acuerdel!

De todos modos era bien raro que no hubiera podido satisfacer mi curiosidad cuando hasta busqué de propósito la ocasión de ello. Al cabo pensé que el mozo la evitaba y que aún tenía miedo a la muchacha...

¿Miedo, eh? No la tiene miedo. Ya los he visto juntos: son novios.

Anoche, al volver a casa, los encontré en la esquina hablando. El accionaba como quien se disculpa y le importa mucho que le olean. Ella escribía en la acera con la punta del paraguas, balanceando a la vez el cuerpo perezosamente, como hacen todas cuando escuchan algo que les está gustando mucho y quieren aparentar que no lo creen.

Son novios, y ya tengo por seguro que se casarán, pues ambos son muy formales.

—He aquí—me decía yo entrando en casa—lo que es un sopapo a tiempo. Hace bien el muchacho en quererla. Habrá pensado que como defendió a su hermanilla, así sabrá defender mañana a sus hijos, y que, co-

mo a él le castigó, castigará a cualquier insolente si por acaso se le atreviera.

Manos blancas no ofenden; pero bueno es que sepan dar donde duele.

*Enrique Menendez Pelayo*

*Cuando haya leído este periódico, no lo tire ni lo rompa: délo a leer.*

## OBRAS

DE  
**D. Adolfo Clavara**

Edición completa  
nuevamente ilustrada

Van publicados 9 tomos.  
Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

### La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

#### PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción, . . .	4 pesetas mensuales
Media id. . . . .	2 " " "
Un cuarto id. . . . .	1 " " "
Un octavo id. . . . .	0 50 " " "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot 3, Orihuela (Alicante) Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica* Calle de Zorrilla 4, duplicado.